

## **0411. Ante los ateos, los creyentes**

En el Concilio primeramente, y después en el Catecismo de la Iglesia Católica, han manifestado el Papa y nuestros Obispos su honda preocupación por el ateísmo, un fenómeno del todo inexplicable si queremos, pero que no hay manera de que acabe de morir en el mundo. Y ahí está el hecho innegable: son muchos los hombres que se enfrentan obstinadamente contra Dios.

Unos son ateos, o sea, unos *sin Dios*, porque lo niegan, aunque no den ninguna razón. Éstos se enfrentan a Dios para decirle:

- *Yo no creo en ti. Tú no existes.*

Otros son ateos estilo comunista-marxista, de los que todavía quedan, aunque el comunismo, como sistema político, se vaya desmoronando hasta consumirse. Éstos eran los ateos más clásicos, los que le atacaban y le decían descaradamente:

- *Tú, Dios, no existes, y te haremos una guerra sin cuartel.*

Son ateos —aunque dicen que creen— aquellos que admiten algo fuera de nosotros, pero es algo impersonal, como una sombra o una quimera. Vienen a decirle a Dios:

- *Bueno, dicen que existes. Me gustaría saberlo. Si te viera, a lo mejor me convencería. También dicen que las brujas existen, todos hablan de ellas, pero nadie ha visto a ninguna montada en el palo de una escoba...*

Son ateos, y dan mucha lástima, algunos que no niegan a Dios. Más, creen en Él. Pero, como no lo necesitan, vienen también a decirle:

- *Sí; creo en ti. No te voy a negar. Pero, no me molestes, por favor. Quédate en tu Cielo, y a mí déjame en paz, que no te necesito...*

Son ateos, aunque no lo parezcan, los dados a la superstición, al espiritismo, a la adivinación, al horóscopo..., porque rechazan al Dios que les

habla directamente con su Palabra o con su autoridad por la Iglesia, para irse detrás de dioses inventados por gentes sin escrúpulos...

Al llamar *ateos* a todos éstos, en un sentido amplio, constatamos que en el mundo hay muchos ateos.

Vemos que son muchos los ateos que nos rodean.

Nos percatamos de que, sin darse cuenta, se puede caer en una u otra forma de ateísmo.

¿Y qué decir a todos esos ateos, y cómo prevenirnos nosotros de un peligro semejante?...

Porque debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para salir por los fueros de Dios; para que no se pierda su noción en el mundo; para que todos vivan pendientes de ese Dios que les ama y que los quiere salvar. El Papa Pío XII dijo que *nadie está libre de responsabilidad, si en tiempo de ofensiva atea permanece inactivo.*

Nosotros, ante todo, debemos fomentar el optimismo. Por mucho que avancen los ateos, no van a poder contra Dios. Es muy conocido el hecho de aquel gran orador francés, en pleno siglo diecinueve, cuando el negar a Dios y el atacarle era una moda elegante. Predica un formidable sermón en la catedral de Lyon, baja del púlpito, pero se regresa rápido para lanzar estas palabras en un exabrupto que se ha hecho célebre:

- *Lyoneses, me olvidaba. Desde vuestra ciudad se ve el Mont Blanc, la montaña más alta de los Alpes. Pues bien, ios aseguro que las ratas no se lo comerán!*

Efectivamente, aquel monte inmenso aún no ha sido devorado por los roedores, y ni los poderosos tractores modernos se atreven a removerlo de su sitio...

Sí; nosotros estamos tranquilos. Contra Dios no va a poder nadie. Lo que nos preocupa es que esos que se ponen contra Dios, o prescindan de Él, se vayan a quedar sin Dios para siempre. ¡Y esto sí que nos llega al alma! No

queremos que pierdan la salvación. Queremos que se rindan a Dios, para que Dios pueda salvarlos.

Somos muy optimistas por Dios, que no será vencido.

Somos optimistas por nosotros, que creemos y amamos, y esperamos que la gracia de Dios no nos va a faltar.

Pero nos dan miedo los que pueden perder a Dios, cuando Él se les ofrece y ellos lo rechazan.

Ante Dios caben muchas actitudes. Como ante la Luna. En una noche clara, la Luna llama la atención de los perros, y éstos le ladran... La contemplan los enamorados, y les fascina... La miraron los norteamericanos, y se empeñaron en conquistarla, hasta que lo consiguieron...

Así los hombres ante Dios. Los ateos le ladran impotentes. Los buenos, le miran embelesados. Y los mejores —¡ojalá seamos nosotros!— tratan de hacérselo suyo a toda costa...

Desde luego, ¿por qué nosotros somos optimistas respecto de nosotros mismos? No es orgullo lo que tenemos ni —mucho menos— fomentamos desprecio hacia esos hermanos no creyentes. Lo que nos pasa es que estamos seguros de una cosa: que Dios se da siempre a los que lo buscan.

Y como nosotros buscamos con ansia a Dios y lo queremos amar con todo el corazón, por eso nos mostramos tan confiados que, al parecer, casi somos unos atrevidos y unos temerarios. No; nuestra actitud no obedece a orgullo, sino a confianza absoluta en ese Dios que se da siempre, siempre, a los que se contentan con Él...

*¡Dios nuestro! Frente al mundo ateo, se alza el mundo creyente. Nosotros, por gracia tuya. creemos; pero aumenta nuestra fe. Si ahora somos felices al verte envuelto en medio de las sombras, ¿qué dicha nos espera cuando te veamos cara a cara, sin velos, tal como eres Tú y te ves a Ti mismo?...*